

# Mi ra das

Semióticas

Monique Vercamer Duquenoy  
Consuelo Méndez Tamargo  
Compiladoras



Universidad Nacional Autónoma de México

La presente obra está bajo una licencia de:  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>



## Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

This is a human-readable summary of (and not a substitute for) the [license](#). [Advertencia](#).

### Usted es libre de:

**Compartir** — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

**Adaptar** — remezclar, transformar y construir a partir del material

La licenciente no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

### Bajo los siguientes términos:



**Atribución** — Usted debe dar [crédito de manera adecuada](#), brindar un enlace a la licencia, e [indicar si se han realizado cambios](#). Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciente.



**NoComercial** — Usted no puede hacer uso del material con [propósitos comerciales](#).



**CompartirIgual** — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la [misma licencia](#) del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del:  
texto legal de la licencia completa

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.



# Peirce y la analogía: la iconicidad en el conocimiento hermenéutico

MAURICIO BEUCHOT PUENTE\*

## Introducción

En lo que sigue quiero señalar las posibilidades cognoscitivas o epistemológicas de la hermenéutica analógica. Para ello utilizaré algunas ideas de Charles S. Peirce para ampliar el modelo hermenéutico de Paul Ricoeur, basado en la metáfora; ella es su paradigma en su célebre libro *La metáfora viva* (1975). Allí Ricoeur apuesta por la poesía, lo que producimos con la metáfora, por encima de la ciencia, que es lo que hacemos con la metonimia, según el decir de ese gran conocedor de Peirce que fue Roman Jakobson, a quien Ricoeur sigue allí. Es verdad que en la metáfora se alcanza un ser más radical, llega a ser una “pequeña ontología”, como la llama el propio Ricoeur; pero no quiero quedarme en la metáfora, sino pasar a la metonimia, ya que ambas son necesarias para el conocimiento, y ambas son formas de la analogía. En efecto, la metáfora es sólo una de las formas de lo análogo, y creo que una hermenéutica analógica tendrá más rendimiento que una sólo metafórica (porque contendrá también a la metonimia). Esto, como veremos, nos lo da la idea peirceana de iconicidad: el signo icónico, que es el análogo, el cual tiene tanto un polo metonímico como un polo metafórico.

Según es muy sabido, la analogía es un modo de conocer y de hablar intermedio entre la univocidad y la equivocidad, pero en ella, a pesar de ser semejanza, predomina la diferencia; pues bien, la analogía puede dividirse en analogía de atribución, analogía de proporcionalidad propia y analogía de proporcionalidad impropia o metafórica. Y, así, se ve que la metáfora es una de las formas de la

\* Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

analogía. Pero, junto con la metáfora, está la metonimia. Ambas fundan, según Jakobson, nuestro pensamiento. Por ello me parece que hay que completar la hermenéutica metafórica con el lado metonímico, y eso lo da una hermenéutica analógica. Ya que la interpretación lucha con la vaguedad, es decir, contra la equivocidad, pero sin alcanzar nunca la univocidad, más que como ideal regulativo, se dará sobre todo con el instrumento para la reducción de ésta, que es la analogía.

Fácilmente relacioné los conceptos de analogía e iconicidad; pues, según Peirce, la analogía es iconicidad, o la iconicidad es siempre analógica y, así, se puede lograr una visión analógica a través de la iconicidad peirceana.

Tiene la analogía ambos lados de lo icónico: un lado metonímico y un lado metafórico. Para conectar esta noción de analogía (que viene de los griegos, y fue subrayada sobre todo por Aristóteles, y después por los medievales) con la noción de iconicidad (que es de Peirce), me he ayudado de este último autor, que me hace aplicar esto a la hermenéutica y a la pragmática, indistintamente.

### **La iconicidad en Peirce**

Recordemos que el signo es, para Peirce, un representamen, es decir, algo que representa algo para alguien. Peirce divide los signos en tres: índice, ícono y símbolo (Peirce, 1965: 243-263). El índice es el signo natural, con un significado bien definido e inequívoco, es decir, unívoco; así, la huella en el lodo es signo del animal que pasó, las nubes son signo de la lluvia y el humo lo es del fuego. El símbolo es un signo convencional, con una relación con el significado bastante equívoca, por lo mismo que artificial, como se da en el lenguaje, esto es, las palabras, los signos lingüísticos; por eso el objeto que está ante mí se dice “mesa” en castellano, pero se dice de maneras muy distintas en los demás lenguajes. El ícono es un signo que comparte alguna cualidad con lo significado; en ese sentido no es puramente natural ni puramente arbitrario, es algo intermedio, es análogo o analógico.

Por su parte, el ícono se divide en tres: imagen, diagrama y metáfora. Y es que la imagen nunca es unívoca, siempre es analógica, es decir, no es exactamente como lo representado, sino que guarda

con él alguna semejanza o analogía. El diagrama puede ser desde una fórmula adecuada hasta una metáfora afortunada, y la metáfora es la forma de la analogía que más se acerca a la equivocidad; pero no incurre en ella, se mantiene en la analogicidad (Peirce, 1965: 276-284). De esta manera, la iconicidad o analogía tiene un polo metafórico, que es este último que hemos señalado, y un polo metonímico, que es el de la imagen. Como dice un excelente conocedor de Peirce, a saber, Roman Jakobson, metonimia y metáfora son los dos pilares del discurso humano; la metonimia nos sirve para hacer prosa y ciencia, la metáfora nos sirve para hacer poesía (Jakobson, 1966: 389).

El ícono, pues, está basado en una semejanza; es análogo o analógico. Tiene un carácter extraño, que es la regresión; por ejemplo, una niña puede ser signo icónico de sus padres, pero también de toda su familia, de su pueblo, de su nación, de su raza, de la especie humana, del reino animal, e incluso del universo (Sebeok, T. A., 1996: 44). Así, además de la metáfora, el ícono contiene la metonimia, pues es el signo que, partiendo de un fragmento, nos remite al todo; con un detalle reconstruimos su totalidad. De acuerdo con ello, el índice corresponde a la univocidad, el símbolo a la equivocidad y el ícono a la analogicidad. Además, el ícono corresponde a la abducción (más que a la deducción o a la inducción), y ella es el razonamiento hipotético, la argumentación condicional pero ampliadora del conocimiento.

El ícono es, por otra parte, un *paradigma*. Es un modelo o prototipo de lo que puede significar. Por eso se dice que el ícono es la imagen del objeto significado reflejada en nosotros. Su carácter de análogo se muestra en ello, los paradigmas son imitados por semejanza, nunca por identidad. Pero, además, la analogía es análoga. Hay varios tipos de analogía. Dos son los principales. La analogía de proporcionalidad, que conecta diversas proporciones y que puede ser propia o metafórica; ejemplo de la propia: el instinto es al animal lo que la razón al hombre; ejemplo de la metafórica: las flores son al prado lo que la risa al hombre (en la metáfora “el prado ríe”). Y la analogía de atribución conecta varios sujetos con un predicado o atributo (por eso se llama de atribución), y esa atribución se da según jerarquía, de lo más propio a lo menos propio; hay un sujeto

que es el analogado principal de ese atributo y otros sujetos que son sus analogados secundarios. El ejemplo que pone Aristóteles es “sano”, predicado que tiene como primer analogado al animal o al organismo, y como analogados secundarios el alimento, el medicamento, el clima, el ambiente, la orina, etc. Incluso *amistad*, como cuando decimos “una amistad sana”. Pero llega un momento en que deja de ser una atribución propia y también se vuelve metafórica. De ahí que en la analogía encontramos, como hemos dicho, un polo metonímico y un polo metafórico.

El ícono implica interpretación, porque casi nunca es completamente claro, encierra vaguedad. Por eso el ícono mueve a la hermenéutica y se vuelve modelo de interpretación. Una interpretación puede ser imagen de un texto, o un diagrama suyo o una metáfora suya. La más propia, y que tiende a la univocidad, es la interpretación que es imagen; la más alejada, y que tiende más a la equivocidad, es la interpretación metafórica, y la que está más en el medio, la más analógica, sería una interpretación diagramática del texto en cuestión.

De hecho, comenzamos a interpretar con mucha equivocidad o ambigüedad o vaguedad. Y, dado que no podemos llegar a la plena univocidad, reducimos la vaguedad avanzando en la analogía. Es el reinado de la analogía, de lo vago que se sujeta a sistematicidad. El propio Peirce decía que el conocimiento consiste en restar a la realidad, que de suyo es ambigua, esa ambigüedad, hasta llegar a un punto en el que es cognoscible para nosotros (Engel-Tiercelin, 1992: 76). La lucha por el conocer es, en consecuencia, la lucha contra la vaguedad o equivocidad en aras de la analogicidad, ya que la univocidad es inalcanzable las más de las veces.

### **La iconicidad y la analogía**

El índice se acerca al sentido simple, a la univocidad, pues la indexicalidad es casi la presencia de la cosa. Tiene las características de lo claro y lo distinto. Sin embargo, la univocidad es casi inalcanzable, y opera como ideal regulativo, al que nos acercamos solamente en diferentes aproximaciones sucesivas. El símbolo, al contrario, es equívoco, no en el sentido de que sea de suyo ambiguo, sino en

el de que, por ejemplo los signos lingüísticos, son variables según el idioma del que se trate. Una misma cosa, por ejemplo la mesa, se dice de muy diversas maneras, sin que haya posibilidad de reducción. En cambio, el ícono es análogo, pues funciona por semejanza con lo significado; tiene algo de imagen suya: un parecido. Por supuesto que no alcanza la univocidad, pero tampoco se derrumba en la equivocidad, sino que oscila y se columpia entre uno y otro, quizás acercándose más a la equivocidad, porque en la analogía predomina la diferencia sobre la identidad.

En todo caso, en mi visión de la analogía, ella es un ícono que se acerca más al símbolo, o que participa de la simbolicidad. O quizá deba decir que es el punto en el que se tocan lo icónico y lo simbólico, ya que para mí tiene que predominar la diferencia, esto es, la polisemia, en ese complejo tan especial. Tal vez la noción de ícono (o análogo) que yo manejo tiene mucho de símbolo, en cuanto que en ella predomina la diferencia por encima de la identidad. El propio Peirce deja abierta esta posibilidad, cuando afirma que ambas cosas se pueden combinar, que no tienen por qué darse de manera completamente pura (Peirce, 1965: 265). Esto nos lleva a encontrar que no sólo hay iconicidad en la pintura, sino también en el lenguaje; una iconicidad y una pintura muy especial, como lo vemos en los grandes poetas.

De ahí que Wittgenstein, en su *Tractatus logico-philosophicus*, captó en el lenguaje un carácter de pintura del mundo; pintura o modelo que se fue haciendo cada vez más complejo, hasta ser casi una figuración metafórica en su obra posterior, las *Investigaciones filosóficas*. En esta última obra plantea una idea interesante, la de paradigma (1988: I, 50 ss.). Las cosas se asemejan a paradigmas. Aprendemos a reconocerlas a partir de sus parecidos con paradigmas. Los paradigmas, que son concretos y particulares, nos sirven como universales. Universalizamos aprendiendo a relacionar objetos con paradigmas. Esto corresponde a la idea de Peirce de los prototipos y las réplicas (o *types* y *tokens*). Hay un ícono prototípico, y las réplicas se relacionan con él por analogía, semejanza o parecido.

El ícono es, pues, analógico; analogía e iconicidad están conectadas, pues lo icónico es analógico y lo analógico es icónico. En otras palabras, lo icónico nunca es unívoco ni equívoco. Incluso

cuando es imagen, no alcanza la univocidad; y, cuando es metáfora, no se desploma en la equivocidad. Mantiene siempre ese difícil equilibrio en el que oscila entre la univocidad y la equivocidad. Hasta puede decirse que se inclina más a la equivocidad, pues en la analogía predomina la diferencia sobre la identidad. Y es lo que nos atestigua nuestra experiencia humana: por más que algo sea parecido a otra cosa, se va difuminando ese parecido, al modo como lo señaló Wittgenstein en cuanto a los parecidos de familia. Poco a poco se van difuminando hasta desaparecer; pero Peirce diría que tenemos una capacidad (disposición o hábito) que nos permite reconocer esas semejanzas, para manejarnos práctica y teóricamente en el mundo.

En esos parecidos hay jerarquía, esas semejanzas se realizan mejor en unos individuos que en otros. Por eso se requiere una analogía de atribución, que es jerárquica y admite un analogado principal y otros analogados secundarios, que se van concatenando en la atribución de esa semejanza, hasta que ésta desaparece y ya no se puede hablar de analogados, ni siquiera secundarios, sino de equívocos o disparatados. Así, puede haber varias interpretaciones válidas de un texto, pero se tendrán que jerarquizar de mejor a peor, esto es, una fungirá como el analogado principal y las otras como los analogados secundarios, hasta que esa adecuación con el texto empieza a perderse y entonces tengamos que decir que, a partir de ahí, las interpretaciones que siguen son inadecuadas o falsas. Pasemos, por ello, a considerar lo análogo o icónico en la interpretación o hermenéutica.

De esta manera, sin incurrir en univocidad, la analogía nos permite evitar el relativismo extremo. Nos da la posibilidad de tener más de una interpretación como válida, y no sólo una que desbanca a todas las demás; asimismo, nos da la posibilidad de que no sean todas válidas, sino algunas de ellas, un conjunto pequeño, pero suficiente. Además, es un conjunto ordenado, de modo que no da igual en qué orden estén, sino que es un orden jerárquico; es decir, hay unas que se acercan más a la verdad textual, al respecto del texto, y otras que se alejan de ella, en esa jerarquización u orden de mejores a peores, hasta que se incurra ya en la falsedad de la equivocidad. Hay, pues, una equivocidad limitada o con límites.

## Lo icónico-analógico en la interpretación

Nos resta pasar a la aplicación del ícono o análogo a la hermenéutica, que se encarga de la interpretación, y ver para qué sirve esto, en qué beneficia a la hermenéutica misma. La iconicidad-analogicidad va más allá de la sola metáfora. Abarca también la metonimia. Con ello puede conferir al acto interpretativo los dos polos, entre los cuales se mueve, según se necesite o lo exija el texto que se interpreta.

Peirce coloca los íconos en el ámbito de la retórica (1965: 287-279). Sirven como recursos retóricos; y, por cierto, la retórica ha sido siempre nutricia de la hermenéutica, pues le ha dado sus instrumentos de encodificación o expresión como instrumentos de decodificación o interpretación (Todorov, 1991:67). No solamente la metáfora, sino también el diagrama, como una fórmula algebraica, que es un análogo de la cosa. Es decir, por alejada que parezca una fórmula diagramática de las cualidades de su objeto, ese ícono lleva a descubrir propiedades y relaciones contenidas en su objeto significado (Peirce, 1965: 282). De esta manera, el ícono viene a ser un signo reproductivo y creativo a la vez; es decir, produce conocimiento por las características que reproduce del objeto al que corresponde, pero también porque conduce al descubrimiento de otras características que tiene el objeto, y que, sin embargo, sólo están en parte en él; lleva a abducir o a conjeturar qué otras propiedades puede tener; de alguna manera las crea en el pensamiento. Así, la interpretación en cierta medida reproduce el sentido, pero también en cierta medida lo produce o lo crea; a saber, lleva al intérprete a prefigurar la comprensión de un texto mediante la invención de hipótesis o conjeturas interpretativas, que luego serán contrastadas de manera objetiva, como por un movimiento inductivo o experimentador o verificador.

En la misma retórica tiene un lugar importante el tópico o argumento por analogía, es decir, por la semejanza, por el ejemplo. El ejemplo es algo que funciona muy bien en retórica, y tiene una estructura analógica e icónica. Es iconicidad o analogía. El paradigma o *exemplum*, de la retórica, es una inducción insuficiente, pero muy esclarecedora, es el silogismo abreviado de la inducción, al modo

como el entimema es el silogismo abreviado de la deducción. Es insuficiente, pero tiene poder probativo, aunque limitado; lo que el entimema es a la deducción lo es el ejemplo a la inducción. Y este argumento por analogía nos hace conocer, representarnos lo que la otra persona pensó o vivió en determinadas circunstancias, y con eso llegamos a comprender su acción y su pensamiento. Ciertamente no alcanza a universalizar, como la inducción completa o suficiente, pero sí con una fuerza ilustrativa, a pesar de su insuficiencia. Es una manera distinta de universalizar, no tan límpida como la inductiva, pero sí podemos decir que el paradigma o ejemplo, según lo sostuvo Wittgenstein, es un tipo de universal, precisamente el que en un individuo concentra la universalidad de muchos otros individuos, éste es su carácter icónico (por ejemplo, un modelo de autos); y todos esos individuos que se reúnen en torno a un paradigma guardan con él una relación de analogía, de semejanza o, como la llama el propio Wittgenstein, de “parecido de familia” (Bambrough, 1980: 173).

El ícono es, entonces, un prototipo o paradigma. Es, por tanto un ejemplar. Tiene razón de causa ejemplar, porque pone como efectos a todos los particulares que resultan a semejanza suya. Y los filósofos medievales colocaban la causa ejemplar o paradigma en la causalidad formal. Y en esta ejemplaridad del modelo de una obra de arte es donde podemos encontrar lo que entiende Gadamer por acto de interpretación, por ejercicio hermenéutico (1977: 353). En efecto, para interpretar usamos modelos hermenéuticos (como, para la oratoria, usamos modelos retóricos). Pero tenemos que guardar distancia con respecto a esos modelos, y a veces incluso atrevernos a innovar, que es lo que sucede cuando nos oponemos a la interpretación establecida o aceptada, por ejemplo, de algún texto de Platón.

Claro está que tenemos que argumentar a favor de nuestra interpretación novedosa. Pero ella ha resultado antes de una abducción, de una hipótesis interpretativa que ponemos a prueba. Para Peirce la innovación o descubrimiento se hacía por abducción, y ésta se verificaba o contrastaba por la inducción (1965: 270). Así, al efectuar una interpretación, por abducción, ensayamos nuestra hipótesis interpretativa en el diálogo con otros intérpretes, aduciendo

argumentos a favor y bloqueando los argumentos en contra. Tras esta deliberación, que corresponde a la de la *phrónesis* aristotélica, llegamos a convencer de nuestra hipótesis interpretativa. Tal es el uso que le damos a la analogía y a la iconicidad en la hermenéutica.

Asimismo, el ícono o paradigma tiene una semejanza proporcional con respecto a sus analogados, o éstos con respecto a él. Además, él tiene con ellos, o ellos tienen con él, una semejanza gradual, jerarquizada según grados. Hay analogados que se parecen más al paradigma y otros que se le parecen menos, hasta que se pierden esos parecidos de familia totalmente, según ya señalaba Wittgenstein. De esta manera, no sólo hay una relación de proporción de los analogados con el analogante, paradigma o ícono, sino una relación de atribución jerarquizada, con lo que hay un analogado principal y unos analogados secundarios, colocados en orden descendente, de modo que se va perdiendo la analogía o el aire de familia, hasta que éste desaparece totalmente. Así, en la interpretación, dentro de una hermenéutica analógica, tenemos una interpretación que será la mejor o principal, pero no la única válida, sino que convivirá con otras que serán las interpretaciones secundarias, dispuestas en un orden descendente, hasta llegar a las que no guardan ya relación con el texto: son falsas o inadecuadas. Es la aplicación de la analogía de atribución.

Con esto llegamos a plantear la posibilidad y la relevancia de una hermenéutica analógico-icónica, esto es, una que evita la pretensión univocista de la indexicalidad, pero también la simbolicidad en el sentido de equívoca o vaga. Sus interpretaciones tienen una adecuación proporcional, se acercan o se alejan del texto como de un paradigma. Por eso puede haber interpretaciones que sean más paradigmáticas que otras, esto es, una que funcione como analogado principal y otras que funcionen como analogados secundarios, en un orden jerárquico descendente de atribución, según el cual llegará un momento en que se pierda la adecuación con el paradigma, que aquí es el texto, y se incurra en la vaguedad y la confusión (Beuchot, 2009: 62).

Pero es una hermenéutica abierta. Más abierta que las hermenéuticas univocistas de los científicismos o positivismos, para las cuales sólo hay una interpretación válida, como sólo hay una teoría

científica válida: la mejor del momento. Para ellas habría una única interpretación válida de un texto, la mejor que se haya logrado en ese momento. Y, sin embargo, nuestra hermenéutica sería más firme que las equivocistas, como son las que proliferan en nuestra tardomodernidad o posmodernidad. Para ellas casi no hay interpretación falsa, prácticamente todas son válidas. Más aún, dado que la interpretación es interminable, propiamente no hay texto que interpretar. Y cosas así. En cambio, en una hermenéutica analógico-icónica, la interpretación es un ícono del texto, pudiendo ser una imagen suya, o un diagrama o incluso una metáfora del mismo. Y, dejada ya la pretensión de univocidad, nos aporta una interpretación lo suficientemente esclarecedora como para escapar de las garras de la oscuridad de la equivocidad. Recordemos la metáfora de Peirce, que aplica a la ciencia, pero que podemos aplicar a la hermenéutica: el conocimiento, la investigación, es arrancar a la realidad, que de suyo es vaga, esa vaguedad, haciéndola disminuir, de modo que tal vez nunca llegue a la claridad total, pero nos dará la suficiente para conocer, en un claroscuro que es el propio de la analogicidad (Beuchot, 2009: 78).

### **Reflexión conclusiva**

Así, pues, la iconicidad o el signo icónico, de Peirce, se corresponde con la analogicidad de la tradición clásica. El ícono es análogo y la analogía es icónica. De acuerdo con eso, así como se puede hablar de una hermenéutica analógica, también es válido hablar de una hermenéutica analógico-icónica. Es analógica, por estar vertebrada con base en la analogía, y es icónica porque incorpora los elementos de la iconicidad. Sobre todo, es icónica porque nos permite pasar del fragmento al todo, o, si se prefiere, nos permite ver el todo en el fragmento, al modo como un signo icónico es la representación abreviada de una totalidad. Y es, además, icónica porque se coloca entre la indexicalidad y la simbolicidad, pudiendo ser una interpretación de tipo imagen, de tipo diagrama y de tipo metáfora. Lo más icónico sería el diagrama, pero éste mismo puede abarcar también a la metáfora. Llegaríamos a una hermenéutica diagramática.

Por otra parte, es una interpretación que discurre entre la metonimia y la metáfora. Tiene aspectos, partes o momentos metonímicos, como la analogía de proporcionalidad propia y la analogía de atribución intrínseca, y otros metafóricos, como la analogía de proporción impropia o metafórica y la analogía de atribución extrínseca. De esta manera se da una oscilación entre el polo metonímico, que permite hacer ciencia, y el polo metafórico, que permite hacer poesía (aunque también se puede usar la metáfora en la ciencia y la metonimia en la poesía). En definitiva, la iconicidad peirceana nos ilumina el camino hacia una hermenéutica analógico-icónica, sobre todo como hermenéutica diagramática, esto es, que sabe aprovechar la potencia del diagrama, que puede oscilar entre una fórmula algebraica y una metáfora afortunada.

Y, finalmente, hay que decir que una hermenéutica analógico-icónica así está en la línea de Peirce, ya que para él la analogicidad es icónica, o la iconicidad es analógica, en cuanto que el signo icónico es uno que guarda cierta semejanza con su significado, es decir, tiene con él una relación de cualidad, como compete al ícono, esto es, una relación basada en la cualidad. Signo y significado comparten una cualidad, o una relación, como, por ejemplo, el texto y su interpretación tienen que tener cierta semejanza al menos, esto es, compartir una cualidad que es la adecuación, ya que para Peirce la adecuación y la verdad pragmática tienen cierta complementariedad y no oposición, antes bien, se necesitan la una a la otra, para que la conducta que la verdad pragmática desencadena pueda ser seguida por la persona sobre la que actúa. De esta manera, la iconicidad coincide con la verdad semántica o correspondentista, es la que más se asemeja a ella, la que guarda ese tipo de relación de adecuación. En el caso de la interpretación, lo hace con el texto cuya verdad o referencia busca, de modo que el intérprete actúe en correlación con él. Es, pues, una interpretación icónica, que trata de adecuarse al signo o texto que interpreta, del cual pretende ser un signo, a su vez, y éste su significado, exactamente como Peirce ve el acontecimiento semiótico: un signo que suscita en el intérprete un interpretante o signo de segundo orden, signo de signo, el cual es la interpretación del mismo, y que puede irse al infinito, pero, dada la finitud de nuestra mente, tiene que acotarse, y en eso consiste su

conocimiento por analogía, esto es, su interpretación análoga, dentro de lo que apropiadamente podemos denominar una hermenéutica analógica o, en términos más cercanos a Peirce, una hermenéutica icónica, es decir, para juntar ambas vertientes, una hermenéutica analógico-icónica, tendiente a ser una hermenéutica diagramática.

Tal es el estatuto epistemológico de una hermenéutica analógico-icónica, y tiene la versatilidad suficiente como para abarcar esos diversos grados de objetividad, sin pretender una postura unívoca y fija, pero también sin barrerse hasta una postura equívoca y ambigua, que no puede conducir a los resultados deseados en la interpretación.

## Referencias

- Bambrough, R. (1980). "Universales y parecidos familiares", en J. A. Robles (ed.), *El problema de los universales. El realismo y sus críticos*. México: UNAM, pp.173 ss.
- Beuchot, Mauricio (2009). *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de la interpretación* (4ª. ed.), México: UNAM-Itaca.
- Engel-Tiercelin, C. (1992). "Vagueness and the unity of C. S. Peirce's realism", en *Transactions of the C. S. Peirce Society*, 28.
- Gadamer, H.G. (1977). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Jakobson, R. (1986). "Lingüística y poética", en *Ensayos de lingüística general*. México: Origen-Planeta.
- Peirce, Ch. S. (1965). *Collected Papers* (vol. 2), Ch. Hartshorne-P. Weiss (eds.), Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University.
- Sebeok, T. A. (1996). *Signos: una introducción a la semiótica*. Barcelona: Paidós.
- Todorov, T. (1991). *Teorías del símbolo*. Caracas: Monte Ávila.
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica, México, UNAM.